

GRANDEZAS Y MISERIAS DE ASTORGA Y SU COMARCA DURANTE EL ASEDIO FRANCÉS DE 1810. (II)

Por Arsenio García Fuertes

Podemos seguir con otras historias como fue la del joven teniente de los Voluntarios de León, Dionisio Zubillaga. Natural de Riello, estudiante en Salamanca antes de la guerra, de fuerte ánimo pero débil constitución, los terribles combates del asedio y los padecimientos y crueldades del cautiverio enloquecieron paulatinamente hasta el extremo de acabar internado

en el Hospital Militar de Valladolid al final de la guerra. Aún así aguantó en servicio todo el conflicto participando en la batalla de San Marcial y en la heroica toma de los fuertes del Rastrillar en Laredo y rendición de Santoña. Tras varios años de reclusión, lograría vencer, aparentemente y en parte, su esquizofrenia, hasta el punto de poder contraer matrimonio en 1825.



Entre otras historias que nunca se cuentan tampoco, está la

Voluntarios
de León
en 1812

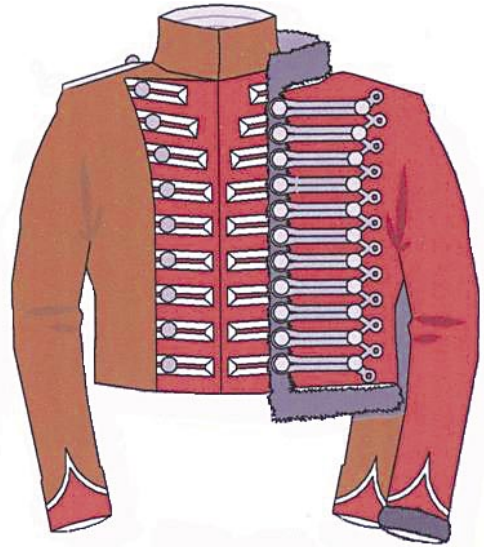
de, seguramente un antepasado de quien esto escribe, Vitorio Jarrín, campesino de Rectivía; humilde y curtido soldado del regimiento de los Cazadores de Barbastro, y veterano del Asedio de Astorga. Logró sobrevivir a la guerra, cubierto de heridas. Acabado el conflicto y llegada la paz con Francia, este astorgano decidió, castizamente, que su periodo de alistamiento había ya acabado, y dejando su arma y uniforme se volvió, simplemente, para su casa.

Naturalmente fue declarado desertor, pero parece ser que nunca le pidieron mayores cuentas. Acabó sus días, trabajador, honrado y pobre, en los arrabales de Astorga muchos años después. Dejando su oficio de labrador, honrado y pobre a sus hijos y nietos. A los que enseñó, seguramente, a pesar de que nunca supo leer y escribir, que al cielo y a la victoria no se llegaba con las alas de los ángeles pintados en las iglesias, sino con las manos, las penas, y la constancia de los trabajos de cada día.

Continuando con pasajes poco gratificantes de la historia de la ciudad, durante la "francesada", podemos seguir recordando al Obispo de Astorga, don Manuel Vicente Martínez y Jiménez. A los seis meses de empezada la guerra, abandonó la ciudad y a su curia, pasando el resto del con-

flicto en el Santuario de la Hermitas de Orense (¿ nadie se había preguntado alguna vez porqué su nombre no aparece en el monumento a los Sitios ?).

Desde allí tendría intervenciones tan polémicas como el negarse a



Uniforme de los húsares de León

acatar la Constitución de 1812, o resistirse a la supresión del Tribunal de la Inquisición. Ello motivaría su condena por el Consejo de Regencia y las Cortes de Cádiz. Acabada la guerra el inefable Fernando VII recompensaría su feroz absolutismo, promoviendo su nombramiento como Arzobispo de Zaragoza.

Un caso muy distinto, respecto al estamento eclesiástico en Astorga



y su diócesis, fue el de su Vicario Juan Ignacio Soto (cuyo nombre si que aparece en le Monumento a los “ Sitios “). Murió de tifus, contagiado por los soldados españoles enfermos a los que acogió y cuidó en su casa en el terrible invierno de 1808 que precedió a la entrada de Napoleón en Astorga. Igual fue el caso de multitud de religiosos regulares y seculares de la ciudad.

Volviendo a los pequeños protagonistas de la Historia, cuyos nombres e historias no aparecen en los libros, tenemos a un Fernando Cavero, soldado del regimiento de “ Cataluña “. No llegó a combatir en la defensa de Astorga, la fiebre producida por una herida gangrenada le hizo arrojar, en agosto de 1809,

por una ventana del Hospital de San Juan, hallando un rápido fin a sus padecimientos.

También podemos recordar la triste historia de la joven Josefa Cavero, natural de Puente de Eume, que murió de fiebres en el mismo hospital, sola y lejos de su esposo, José Manuel, soldado del Regimiento de “ La Muerte “ , al que había seguido desde Galicia.

Historias, igualmente, penosas fueron las de la marcha de las tropas españolas de Astorga, tras su rendición, cautivas hacia Francia. Los heridos y enfermos que no podían aguantar el paso de la columna eran fusilados sobre las cunetas, cuando no apaleados hasta morir, por los



El general francés Junot

soldados irlandeses de un regimiento mercenario del ejército napoleónico. Así fue la muerte del joven Comandante 2º de los “Voluntarios de León”, Félix Pérez.

Tampoco mejor parado acabó el general Junot, vencedor y oponente de Santocildes en el Sitio de 1810. Una herida mal curada en la cabeza le condujo, apenas tres años después, a tal grado de demencia que en un arrebato de locura se mutiló las manos y se suicidó.

Continuando con esta relación de personajes de carne y hueso, con sus virtudes y debilidades, podemos mencionar al capitán de ingenieros, Alejandro Benisía. Este capacitado oficial fortificó, admirablemente, con fosos, trincheras y terraplenes, el arrabal de Rectivía, haciendo imposible su toma por las tropas francesas durante el Asedio. Insigne oficial que lo mismo coleccionaba condecoraciones que continuas reconvencciones y expedientes de sus mandos por sus continuos “líos de faldas”.

La historia tampoco suele mencionar a los tres soldados de Santocildes (sólo conocemos el nombre de uno de ellos, José González), que, cubiertos de barro y en las noches sin luna, cruzaban arrastrándose las líneas francesas para entrar y salir de la sitiada ciudad en marzo y abril de 1810.

Otro de los oficiales españoles que destacarían durante el asedio de Astorga sería el teniente Tomás García Rosón. Con ropas de arriero se dedicó a espiar los movimientos franceses previos al cerco de Astorga. En 1834 sería condenado a ocho años de presidio en Filipinas por Carlista.



Maragato en la guerra de la Independencia

En Astorga y su Comarca, la guerra quedaría como un triste recuerdo de miseria y destrucción. La gloria no da de comer; ni reconstruye las ruinas, ni devuelve la vida a los muertos.

Acabaremos con las palabras textuales del Ayuntamiento de Astorga al Intendente afrancesado de León, Manuel de Ciarán, el 25 de diciembre de 1812. Tras cuatro años de guerra la ciudad era, apenas, una sombra de su pasado y sus arruinados vecinos eran incapaces de pagar una nueva contribución de guerra. Astorga había perdido el 70% de su población y apenas contaba ya con 456 habitantes, de los 3.500 con que había comenzado el conflicto:

“ Astorga apenas existe y va a dejar de existir del todo muy brevemente si el Gobierno, considerando, como es de esperar que atienda, sus perdidas y trabajos, no la dispensa una especial protección y al país que la circuye...los vecinos de Astorga han llegado ya a pagar dos veces el valor de sus casas y bienes en contribuciones “

Así se construye la Historia; y así, de tanta sangre, egoísmos, discordias y dolor, y también de tantos sacrificios, valor, trabajo y abnegación, se hizo, y se sigue haciendo nuestra Tierra.